

Historias de solterones

Dámaso Santos

Cuando uno cae por esta ciudad le es difícil escoger entre tantas historias. Con frecuencia son de tipos solterones. Así escribe al comenzar Antonio Pereira -o dice su narrador- en el relato *El sedentario*. El conjunto, esta nueva entrega de cuentos del escritor leonés, es en su mayoría, reunión de historias, patrañas locales contadas de la vida; la murmuración, la fantasía de la industria e historiada ciudad que muy bien puede ser la Villafranca del Bierzo, de su nacimiento a la que siempre está volviendo de Madrid o la capital leonesa habituales. Volviendo en ocasiones de largos o medianos viajes, como por ejemplo a Río de Janeiro, Amán, Barcelona, de los cuales ha sacado historias que también se cuentan, y como si se contaran -o escucharan- a los amigos de la vieja tertulia casinaria. En la escritura, insinuado a lectores con sensibilidad para hacerse cargo a la primera, "cómplices", como dice el título de un libro anterior; con capacidad de comprensión para descifrar, completar, prolongar el intríngulis, la intención o sugerencia de la anécdota. En poco tiempo, Antonio Pereira, bien calificado poeta, inclinado de antigua a la narración -cuentos, novela corta, algún intento de larga, más y más cuentos- ha organizado tres colecciones de esta última dedicación a unos productos literarios lanzados en la confianza editorial que no suele tan seguido prestarse en nuestros pagos a este género: *El síndrome de Estocolmo*, que ganó en el acto el premio "Fastenrath" de la Real Academia; *Cuentos para lectores cómplices* (que lleva un prólogo-estudio, de lo último suyo, de Ricardo Gullón) y éste que llama con el del título de uno de los cuentos más cortos, *Picassos en el desván*. Si algunos relatos de uno de los libros puede figurar, intercambiarse, con algunos de otro, por el simple carácter misceláneo de la compilación de piezas siempre autónomas, que un libro de cuentos suele tener, cada entrega de estas últimas significa una diferencia global, no exactamente definible, de temática, propósitos de comunicación y hasta de forma y estilo.

Se subraya, que aquí van historias de las que abundan en una vieja ciudad, y en la mayor parte de los casos de solteros especialmente empedernidos y complicados, trasladadas con una punta de ironía de ternura en su concernida revelación. Algo parecidamente a cuanto de sus recuerdos e imaginaciones, toques de referencia memorial o actualista tenía todo lo que

escribió, sacado, pensado o soñado de su Tomelloso, el desaparecido Francisco García Pavón. Con menos rastros aún de costumbrismo, seleccionando aún más en las eficiencias del lenguaje; en este caso tocado de la proximidad y hasta uso del gallego en el intimismo comarcal. Y el frescor referencial por la mención de los comportamientos individuales o corales entre los cambios y soliteces establecidas del acontecer político, económico y social que, batines o evocados, pueden fecharnos muy bien el momento de la concepción o de la realización de cada cuento.

Con una muy personal estilización, que unas veces obtiene aquella sencillez de que hablaba Juan Ramón y otras esconde la retranca y la sutil oblicuidad de la propuesta autoral –en lo vulgar, lo cotidiano obsoleto; o de lo más a la page, o más misterioso en el ambiente, a la curiosidad, la participación lúdica la receptividad de sorpresa y emoción del lector.

Digamos que Pereira se encuentra aquí en un punto maduro de fluencia e inspiración solícita que no solamente no se confía al dominio, y una que parece, así, gratuita facilidad, sino que actúa en talante de experimentación y renovaciones que van de lo sintáctico al desarrollo técnico del argumento o, apunte narrativo que el cuento demanda. Y ello se ve muy bien (y pienso en los "gnómicos" de Tomás Borrás que tanto admiraba Ignacio Aldecoa, y en los que ahora nos traen el guatemalteco Augusto Monterroso, tan admirado por sus colegas del boom) dé los breves, brevísimos, que en este conjunto se ofrecen:

Picassos en el desván, El escalatorres, Lenta es la luz del amanecer en los aeropuertos prohibidos, La violinista... Triunfo de un minimalismo -sustancia de epigrama, chiste, boutade-, que manifiesta una voluntad de experimentar, y se advierte también en la composición o desconstrucción de los largos que en la lírica dio el japonés haikú -con amplio efecto en nuestra lengua después de Antonio Machado- y la invención de la proteica greguería de Ramón Gómez de la Serna en la prosa.